

Segundo Domingo de Pascua – Ciclo A

16 de abril de 2023

Por: P. Lorenzo Amigo
Sacerdote Marianista

LOS CREYENTES VIVÍAN TODOS UNIDOS

La crisis actual, provocada por la pandemia y por la guerra de Ucrania, nos ha hecho experimentar que todos vamos en el mismo barco y que dependemos los unos de los otros. En este momento necesitamos comunidades cristianas acogedoras, que se solidaricen con los más necesitados, en las que se **viva el perdón** y se descubra al Espíritu, que nos urge a la misión para transformar nuestro mundo.

Tan sólo en comunidad se puede hacer la experiencia del Señor resucitado, superando la tentación de escepticismo que amenaza a los individuos desarmados ante las realidades sociales. También los discípulos tuvieron miedo a ser **víctimas de ilusiones** y cuentos. El Apóstol Tomás, en nombre de todos, pidió un encuentro personal con el Resucitado, sin fiarse de lo que los demás le contaban (Jn 20,19-31).

Jesús se dejó encontrar personalmente por Tomás y quiere que también cada uno de nosotros lo experimentemos vivo en nuestras vidas. El que Jesús proclame felices a aquellos que han creído sin haber visto no significa que la fe no sea una verdadera experiencia religiosa. En la vida hay muchas experiencias que no se reducen a ver y tocar. ¿De qué tipo de experiencia estamos hablando?

La experiencia del Resucitado tiene tres dimensiones, una objetiva, otra subjetiva y otra comunitaria. No se pueden separar unas de otras. Es una experiencia objetiva en el sentido de que no la fabrico yo, sino que me es dada. Es el Señor el que se hace encontrar y nos da la fe para reconocerlo.

Mediante la fe acontece un encuentro verdaderamente personal que pone en juego toda mi persona. Este elemento personal ha sido unilateralmente separado por la cultura moderna, que reduce todo a una **experiencia subjetiva individualista**. Cada uno trata de encontrar ante todo consuelo en el encuentro con Jesús y solución para sus problemas. De esa manera hemos vivido un cristianismo demasiado **intimista** que no incide en la transformación del mundo.

La transformación del mundo es obra no de una persona sino de la **comunidad humana**. Tenemos que recuperar para nuestra fe la dimensión comunitaria, que tuvo al principio, y que hizo que las comunidades cristianas cambiaran la historia humana o al menos indicaran en la dirección en que debe ser cambiada. Los primeros cristianos crearon unas **comunidades alternativas** a las existentes en el imperio romano.

Lo que más llamó la atención es que estaban muy unidos y compartían los bienes, vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según lo que necesitaba cada uno" (Hech 2, 42-47). Los cristianos, siguiendo a Jesús, cuestionaron uno de los pilares del mundo antiguo: **la propiedad privada**. Las propiedades no están simplemente para transmitir las a los hijos, sino que están al servicio de los necesitados.

Hoy día necesitamos **comunidades creíbles** en las que sea posible el encuentro con el Resucitado. Tomás sólo se encontró con Jesús cuando se integró en la comunidad. El Beato Chaminade quería ofrecer al mundo "el espectáculo de un pueblo de santos", pues hoy día no basta la santidad individual. Son necesarias numerosas comunidades portadoras de esperanza que viven la alegría de la salvación (1 Pedro 1, 3-9). Por eso fundó la Familia Marianista formada por religiosas, religiosos, laicos y miembros de un instituto secular. Que la celebración de la eucaristía nos lleve a construir comunidades cristianas en las que se pueda hacer la experiencia del Señor Resucitado.